TOMMASO LANDOLFI

EL HOMBRESOTE

Traducción de FABIO MORÁBITO

Una doble pasión por el juego y las mujeres imantó la vida de Tommaso Landolfi (1908 - 1985) y le dio en su país una popularidad de dandy *que, ajena al valor de su obra, no contradice íntimamente su amor por el riesgo y la precisión exquisita de sus páginas. Es el autor de varias novelas fascinantes. Una de ellas,* La bière du pecheur, *será publicada pronto por Vuelta.*

Sin el aire enrarecido de sus obras mayores, "El bombresote" es típico de Landolfi por el humor negro y la sorda angustia en que aparecen envueltos los acontecimientos cotidianos, de resonancias fantásticas. Pertenece a Il gioco della torre, *libro que recoge sus relatos publicados en el* Corriere della Sera. *Lo reproducimos con autorización de la editorial Rizzoli.*

EL TREN ESTABA lleno; pero en Pisa, en nuestro compartimiento, quedó libre un lugar. Un momento después nos pareció que la puerta del pasillo se oscurecía por completo; levantamos la mirada... y nos quedamos con la boca abierta.

El recién llegado era uno de esos especímenes que la naturaleza de vez en cuando se complace en producir: una especie de gigante, o más bien de ogro, en suma un hombre de tan vastas e imponentes dimensiones, que todos (para decirlo rotundamente) nos quedamos pasmados del terror. Un terror, hay que aclarar, que era únicamente producto de su inaudito tamaño; quiero decir que el hombre no parecía un monstruo, era como todos nosotros, sólo que construido en una escala mucho más grande. Es más, daba incluso la impresión, afortunadamente, de ser tan proclive a la debilidad como consciente de su propia fuerza, al igual que el ogro bueno de algunas fábulas. Preguntó, en efecto, con el dulce acento local:

—¿Está libre ese lugar?

Pero nadie dijo nada porque nadie había recobrado el aliento. Y él, sin perder la paciencia, repitió:

—¿Está libre?

—Sí, sí —contesté yo por fin con cierto esfuerzo—, siéntese.

El hombrecito de al lado se hizo chiquito chiquito y él se sentó majestuosamente apoyando con soltura su brazo en la codera abatible, en el otro extremo del compartimiento (saltándose así de una sola zancada seis rodillas). Después sonrió y, sin duda para que nos sintiéramos a gusto, dijo:

—Qué calor hace hoy.

—Qué calor, qué calor —se apresuraron a asentir dos o tres viajeros.

—Lástima, porque con un calor así, el viaje se hace más pesado.

—¡Más pesado, sí!

—Luego si uno se queda papando moscas y se deja ganar por el sueño, hasta puede ser peor.

—¡Peor, peor! —aprobamos.

—En cambio, bueno, no sé, si nos animáramos con algún juego... ¿no sería mejor?

—¡Mejor, claro que sí, mejor! —gritamos en coro.

Nuestras confirmaciones entusiastas no tenían nada de excesivo; nadie hubiera querido contrariar a un hombre semejante, cuyo menor desplante de cólera habría provocado un cataclismo en el compartimiento. Él, por su parte, se daba cuenta de la situación, y tal vez quiso divertirse un poco. Pero con buena fe, sin malicia.

—Bueno, ¿qué proponen? —preguntó—. ¿Qué tal si cada quien hace alguna gracia? Y a ver qué pasa. ¡Empiece usted! —añadió bruscamente apuntando con un índice grueso como el barrote de una silla al que tenía enfrente.

—¿Yo, ehm... yo? Bueno, sí... disculpe, ¿cómo dijo? No entendí muy bien —tartamudeó el hombre, un señor de lentes, serio y de mediana edad.

—Sí, usted. Por alguien hay que empezar. ¿Sabe imitar algún animal?

—Para ser sinceros... bueno, a lo mejor podría tratar, ¿por qué no?

—Qué bien. ¿Y qué animal?

—¿Qué tal el gallo? —murmuró el otro, bañado en sudor.

—Sí, el gallo, me gusta. Adelante.

Todos guardábamos un silencio cobarde; el señor de lentes se concentró, se aclaró la garganta, y de golpe (poder del terror) emitió, con los bigotes que le vibraban, un sonoro, insospechable "quiquiriquí". Bajamos la cabeza, apenados por él y temiendo por nosotros mismos.

—Muy bien, de veras —comentó el hombresote—. Ya ve que basta echarle ganas... Ahora usted —dijo di-

rigiéndose a la muchacha sentada a su lado. —¿Usted no sabe imitar ningún animal? No importa. Juraría que se sabe alguna canción. Ánimo, cántenos algo.

Con una vocecita engolada, desafinando, la muchacha intentó una especie de trémulo recitativo, debidamente centrado en el relativo "que" y en la cláusula "felicidad".

—Bien, bien, es suficiente... Y ahora ¿qué nos va a hacer oír nuestro amigo? Sí, usted, usted.

Se trataba de un señor no tan serio como el primero, pero igualmente entrado en años: un representante o un viajante de comercio. El cual sólo alcanzó a boquear y a mirar con aire tan miedoso a su interlocutor, que éste, cruelmente, quiso ayudarlo:

—Bueno, si de plano no se le ocurre nada, le propondré un jueguito, ¿de acuerdo?

Gruñido de asentimiento.

—Mire, aquí tengo tres cerillos. Tiene que mantener inmóvil y suspendido un cerillo ayudándose con los otros dos. ¿Me entiende? A ver, tome dos con el pulgar y el índice, uno en cada mano; y ahora trate de sostener el tercero con las puntas de los otros. Ándele.

Después de unos intentos realizados con dedos temblorosos, el desgraciado consiguió mal o bien lo que se le había pedido y sonrió tontamente, como quien ha llevado a feliz término la propia tarea y se ha congraciado con sus vecinos; pero la crucecita de cerillos seguía temblándole entre los dedos, amenazando con romperse a la primera sacudida del tren.

—No es suficiente —dijo nuestro tirano—, ahora frote un pie en el suelo, a ver, hacia delante y hacia atrás.

Y de pronto, dando un manazo en la rodilla del señor y rompiendo a reír desaforadamente, gritó:

—¿Le gusta andar en patineta, eh?

Todos nos unimos a su carcajada; pero yo con una mueca dura, porque ya veía acercarse mi turno. En efecto, el hombresote me miró:

—En cuanto a usted, me imagino que no se le puede pedir una exhibición tan frívola. Usted es un intelectual.

—¿Por qué... por qué piensa eso?

—Lo tiene escrito en la frente. Así que, veamos... ya sé. Recite unos versos.

—¿Versos?

—Sí, dije versos. Adelante, no se haga del rogar.

Y yo, con todo y mi suficiencia, obedecí como los demás. Arranqué: "A la sombra de los cipreses, adentro de las urnas..." y me seguí durante unos veinte versos más. Y él, que me había escuchado atentamente, dijo:

—Lo sabía, lo felicito. Es usted profesor, ¿verdad?

—No.

—Claro que sí, claro que sí —concluyó perentoriamente—. Dice que no por modestia—. (Como si fuera motivo de orgullo ser profesor.)

Continuó de esta manera con los tres viajeros restantes, y no me acuerdo qué más inventó. Sin embargo, de pronto, pareció aburrirse de esas bromas; sus ojitos tomaron una expresión seria, incluso triste.

—Es para pasar el tiempo —murmuró. Y mirándome a mí, justo a mí: —Es como en la vida: uno se esfuerza,



se agita, se atribula, goza y sufre, y al fin y al cabo nos encontramos todos en el mismo punto.

Se me escapó una sonrisa. Y él:

—Ya sé que le parece cómico que yo, con este cuerpesote, diga esas cosas melancólicas.

Me apresuré a decir:

—¡Sonreí porque creo que tiene razón!

—Olvídelo... la verdad es que yo también tengo un corazón.

—¡Por supuesto! —exclamé, algo preocupado. Pero mi formidable y tierno interlocutor ya estaba mirando por la ventana. Luego volvió en sí:

—Estamos cerca de Campiglia; tengo que bajar, voy a la isla de Elba, en el transbordador.

Se levantó con delicadeza, cuidando de no pisarnos los pies; ya en la puerta del compartimiento hizo una pequeña inclinación con la cabeza y dijo:

—Gracias por la compañía, buen viaje —y desapareció por el pasillo.

Su salida, naturalmente, provocó un alivio general. Además, su figura maciza obstruía el vano de la puerta e impedía la circulación del aire. Otra vez libres y ligeros, volvimos a charlar todos juntos. Pero de golpe su gran cabeza reapareció en la ventanilla, desde el andén, y con su voz de trueno exclamó, esta vez con abierta malicia:

—¡Ya están fuera de peligro!

El tren volvió a arrancar y perdimos de vista al hombresote. No nos quedó más que imaginárnoslo, hiperbólicamente, llegar a Piombino y ahí, desdeñando a los transbordadores, echarse impaciente al agua y alcanzar en cuatro brazadas la isla de Elba.

